

CRIMEN & CIA.

Carlos
Aguilar

La inter-
ferencia



SERIE MAYOR



Dos asesinos a sueldo extranjeros llegan a Madrid con la orden de acabar con un miembro de su propia organización. Sin embargo, su labor se verá dificultada a partir de una azarosa y trágica confusión de personajes: una actriz de segunda fila que se dispone a partir hacia Brasil para incorporarse a un rodaje; un circunspecto profesor de la Universidad Nacional de Educación a Distancia que prepara afanoso sus oposiciones a catedrático; la esposa de éste que combate su tedio mediante fugaces adulterios; y un torpe y mísero detective.

Carlos Aguilar ha sabido dotar a este «thriller» duro de una estructura muy cinematográfica en la que los protagonistas de esta sangrienta interferencia se desenvuelven con soltura. “La interferencia”, primera novela de Carlos Aguilar, supone la incorporación al género de un autor que se aparta del camino mayoritariamente trazado por los escritores policíacos españoles.

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[La interferencia](#)

[I. Madrid. Martes, 4 de julio de 1989](#)

[21.15](#)

[21.35](#)

[22.06](#)

[22.20](#)

[22.48](#)

[23.12](#)

[23.25](#)

[II. Madrid. Miércoles, 5 de julio de 1989](#)

[10.21](#)

[10.58](#)

[11.16](#)

[12.07](#)

[12.29](#)

[13.18](#)

[13.35](#)

[13.46](#)

[13.59](#)

[14.13](#)

[14.19](#)

[14.21](#)

[14.32](#)

[III. Madrid. Jueves, 6 de julio de 1989](#)

[10.17](#)

[10.39](#)

[11.02](#)

[11.25](#)

[11.51](#)

[12.12](#)

[13.27](#)

[18.09](#)

[18.44](#)

[21.20](#)

[22.05](#)

[22.18](#)

[22.41](#)

[24.00](#)

[IV. Madrid. Viernes, 7 de julio de 1989](#)

[9.38](#)

[9.53](#)

[10.16](#)

[11.01](#)

[12.43](#)

[13.18](#)

[15.23](#)

[17.06](#)

[17.51](#)

[21.35](#)

[22.05](#)

[22.17](#)

[23.13](#)

[23.28](#)

[23.51](#)

[23.59](#)

[V. Madrid. Sábado, 8 de julio de 1989](#)

[9.43](#)

[10.29](#)

[10.52](#)

[11.30](#)

[11.47](#)

[12.08](#)

[12.35](#)

[12.44](#)

[12.56](#)

[13.02](#)

[14.39](#)

[15.46](#)

[16.21](#)

[16.55](#)

[17.30](#)

[17.40](#)

[18.27](#)

[18.51](#)

[19.09](#)

[23.27](#)

[VI. Madrid. Domingo, 9 de julio de 1989](#)

[9.31](#)

[9.52](#)

[10.31](#)

[11.08](#)

[11.41](#)

[11.49](#)

[12.37](#)

[13.00](#)

[13.19](#)

[13.42](#)

[18.16](#)

[23.30](#)

[23.37](#)

[23.51](#)

[24.06](#)

[24.42](#)

[VII. Madrid. Lunes, 10 de julio de 1989](#)

[9.02](#)

[9.54](#)

[10.14](#)

[10.19](#)

[10.22](#)

[10.27](#)

[11.26](#)

[11.27](#)

[11.32](#)

[11.41](#)

[11.49](#)

[11.52](#)

[11.58](#)

[12.06](#)

[12.11](#)

[12.14](#)

[12.16](#)

[12.51](#)

[16.07](#)

[16.42](#)

[17.01](#)

[20.57](#)

[23.18](#)

[VIII. Madrid. Martes, 11 de julio de 1989.](#)

[11.26](#)

[12.35](#)

[12.54](#)

[13.19](#)

[13.31](#)

[13.55](#)

[14.49](#)

[15.15](#)

[15.41](#)

[15.58](#)

[16.41](#)

[17.29](#)

[18.19](#)

[14.09](#)

[Sobre el autor](#)

*Esta novela está dedicada a las dos
personas que la hicieron posible,
María Jesús Marín y Julia Terán.*

*«No hubo curiosos,
no hubo preguntas,
nadie lloró».*

Rubén Blades

I

Madrid. Martes, 4 de
julio de 1989

21.15

Cuando los asesinos aterrizaron en Madrid, un clima inusitado dominaba la capital. Cercano a esa humedad pegajosa y mareante que caracteriza el verano mediterráneo. Ajeno al calor seco, implacable, que tradicionalmente oprime la meseta castellana. Molesto, en cualquier caso. Desesperante.

No habían viajado en el mismo avión, tampoco procedían de idéntico punto de partida. Ni los hermanaba ninguna clase de relación generacional, étnica, geográfica o física. Menos personal, o de intereses. Siempre era así, invariablemente. Se prefería. A todos los efectos, por unos y por otros.

No compartían más que un área estrictamente profesional. La confianza en ellos depositada. Una misión que cumplir.

21.35

—A la calle Huertas, por favor.

—Hecho... Y cierre bien la puerta, que me la ha dejado medio abierta... ¡Tampoco es eso!

—Disculpe... se me fue la mano.

Una hora de la tarde que en invierno resultaba de una oscuridad impenetrable, y en cambio ahora todo lo contrario. Claridad, luz a raudales. Casi podía confundirse con el mediodía de cualquier pueblecito andaluz. Dios, qué estupideces se le ocurrían, precisamente ahora... Pero era incapaz de concentrarse en otra cosa. Mejor, casi mejor. Al menos hasta que saliera del taxi y llegase a casa de Analía. Si además pudiera contener los temblores, controlar el sudor...

—¿Se encuentra bien, señorita... o señora?

El taxista observaba a Soledad por el retrovisor, desconfiado. La experiencia no le permitía grandes alardes de cordialidad, y menos a aquellas horas, cuando arrastraba toda una jornada al volante, compuesta de atascos de todo tipo, agotamiento psicológico, sudor, tensiones mil. Y no digamos ante un caso como aquel. Una mujer de mediana edad, con buen tipo, que evidentemente horas antes procuró arreglarse para parecer encantadora, pero que por alguna razón luego tuvo que quedarse a medio camino. Qué difícilmente logró articular palabra al subir al taxi. Y que no dejaba de tiritar, de manosear el bolso...

—Son sólo los nervios, no se preocupe.

—Nervios, ¿eh?

Droga, claro. Habría ingerido alguna clase de droga, que no acabó de sentarle bien. Bueno, o lo contrario. Necesitaba su ración diaria, y de ahí tanta ansiedad. Daba lo

mismo, en un caso u otro. No era asunto suyo. Y poco podía temer un hombre de su corpulencia ante aquel manajo de nervios. Además, ¿no opinó siempre que el único pasajero cómodo es el que no monta?

—¿Tardaremos mucho en llegar?

—Yo qué sé, señora. Cuando agarro el volante, sé cuándo salgo pero no cuándo llego.

22.06

No escaseaba la clientela en aquella cafetería, pero el asesino procedente de Los Angeles reconoció inmediatamente al asesino procedente de Milán. Con los años, el instinto profesional se agudizaba en las direcciones más diversas, hasta desarrollar una especie de olfato animal, que raras veces falla. Y aquel hombre vuelto de espaldas y sentado en un taburete de cara a la barra desprendía un halo inconfundible, característico. Cómo no iba a captarlo él, si lo reconocía todas las mañanas ante el espejo.

—Te manda Taylor, y vienes de Italia.

—Y a ti te manda Taylor, pero vienes de California.

—¿Rica esa cerveza?

—A mí la cerveza siempre me parece rica.

Como temiendo algo, una pareja de novios que hasta el momento bebía horchata entre carcajadas y arrumacos se apartó de los asesinos, buscando un rincón lo más distante posible. Instintos, existen de muchas clases.

—Bien, muchacho, ¿llevabas mucho tiempo esperando?

—No, qué va. No te preocupes.

—¿Tu equipaje?

—Me lo guarda el camarero.

—Perfecto... ¿Por qué me miras así?

—Parece mentira... ¿No me reconoces?

—No..., no caigo.

—Trabajamos juntos otra vez, hace unos diez años.

—No me recuerdes trabajos pasados. No lo soporto.

—Está bien, perdona, pero para que veas cómo me responde la memoria... Tú, otra cerveza.

—Sí, señor.

Pese a toda la clientela que debía atender sin ninguna clase de ayuda, el camarero no perdía de vista a los asesinos. Irradiaban algo especial, que nunca apreció antes. Tanto el maduro taciturno como el joven dicharachero.

—Gracias. ¿Tú no tomas nada? Pues verás, todo lo que conseguí arrancarte aquella vez es que eres chino, o algo parecido...

—Filipino.

—Ves, casi. Y que tu madre murió en la guerra, cuando los japoneses invadieron... ¿Manila?

—Manila.

—Ya decía yo. En cambio, tu padre era español. Catalán, o valenciano, una cosa rara de esas...

—Catalán.

—¿Ves como te conocía ya, chinito?

—Llámame Tagalo.

El local se animaba por momentos. Algo del bochorno reinante en horas anteriores había decaído, y la gente lo celebraba. Demasiado ruidosamente, quizá.

—Vámonos.

—A mí me dijeron que teníamos que hablar con un tal Tony, en un hotel de la Castellana... A ver dónde lo tengo apuntado...

—No te esfuerces. Yo memoricé la dirección.

—Eres único, Tagalo... Chico, ¿cuánto es esto?

—Trescientas pesetas, señor.

—¿Trescientas pesetas tres cervezas? Vaya un robo... Anda, toma.

—Lo siento, señor..., los precios...

—¿Qué pasa con la maleta, te la quedas de propina?

—No, perdone, ahí va...

—Trae...

—Aligera, que ahí veo un taxi libre...

—¿Un taxi? ¡Son carísimos!

—Creo que ya te voy recordando... Tú eres mexicano, o panameño...

—Caliente, caliente. Puertorriqueño.

—Ajá. ¿Y te haces llamar... Escorpión?

—Caliente otra vez. Alacrán.

—Eso. Alacrán.

—¿Ves como tú también te acuerdas? ¿No recuerdas que en seguida acordamos hablar siempre en español?

—Sí, es verdad... ¡Taxi!

Con alivio, la pareja de antes recuperó su puesto en la barra, encargando ahora un par de vermutos. Mientras, los asesinos subieron al taxi. No había pasado nada.

—Bueno, Tagalo, a ver si esta vez todo sale tan bien como la otra...

—¿Y por qué no?

—Nunca se sabe.